

Elena Varvello

¿PUEDES OÍRME?

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La vita felice*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Giulio Einaudi editore s.p.a., 2016
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-912-8
Depósito legal: M. 27.153-2017
Printed in Spain

In talking about the past we lie with every breath we draw.

William Maxwell

En los bosques

En agosto de 1978, el verano en que conocí a Anna Trabuo, mi padre llevó a una chica a los bosques.

Se paró con la furgoneta en el arcén de la carretera, antes de que se pusiera el sol, le preguntó adónde iba, le dijo que se subiera.

Ella aceptó la invitación porque lo conocía.

Lo vieron viajar con las luces apagadas en dirección al pueblo, pero luego abandonó la carretera, enfiló un camino empinado y abrupto, la obligó a bajar y se la llevó a rastras.

Mi madre y yo nos habíamos quedado esperándolo, temiendo que hubiera sufrido un accidente.

Mientras observaba la oscuridad desde la ventana de la sala de estar, ella hizo un par de llamadas telefónicas.

—Aún no ha vuelto.

La encontré apoyada contra la pared, en el pasillo, sujetando con fuerza el auricular contra el pecho.

—Ya verás como todo está bien —dijo, intentando sonreír, como si hubiera oído su furgoneta, los pasos de mi padre abajo, en el patio.

Llamó a las urgencias del hospital más cercano: soltó un suspiro de alivio cuando le contestaron que no estaba allí.

Puso café a calentar y nos sentamos a la mesa, en la cocina. Llevaba un vestido azul, de manga larga, en el que destacaban unas pequeñas palmeras verdes que parecían a punto de ser arrancadas por la fuerza de un viento irrefrenable.

—No te preocupes —dijo.

Volví de nuevo a la sala de estar, me eché en el sofá y luego me quedé dormido, con un sueño agitado del que me desperté un poco más tarde.

Mi madre estaba en el patio.

—¿Por qué no te vas a la cama? —preguntó.

—Ya no tengo sueño.

Me rodeó los hombros con un brazo y levantó la vista al cielo.

—Mira qué límpido está.

—¿Tienes frío? —pregunté.

Estaba temblando en esa noche veraniega.

Se marchó a acostarse y yo intenté leer un cómic.

Media hora más tarde salió de su habitación. Llevaba una manta echada sobre los hombros. Negó con la cabeza.

—Es inútil, no consigo descansar. —Se encerró en el lavabo y luego regresó a la cocina y me llamó—: ¿Te apetece quedarte un rato conmigo?

Se ciñó la manta alrededor del cuello.

Antes de amanecer, en el silencio, oímos su furgoneta.

Ella se volvió hacia la puerta, enderezó la espalda, se sacó la manta y se pasó los dedos por el pelo.

—Oh, menos mal. Gracias a Dios. —Vi cómo se levantaba, se arreglaba el vestido en las caderas y salía—. Cariño, ¿dónde te habías metido?

Yo la seguí inmediatamente después. Me quedé en el porche, debajo de la luz encendida, intentando distinguirlo

en la oscuridad. Estaba enojado y, al mismo tiempo, aliviado; me habría gustado darle una bofetada y decirle que no me importaba lo más mínimo («Podías haberte quedado donde estabas»), me habría gustado correr hacia él y comprobar que no se había hecho daño.

Se vinieron hasta la luz, lentamente, y los vi entrar.

Yo tenía dieciséis años.

Para entonces, hacía ya algún tiempo que se había marchado, pero fue en ese mismo momento (aún no había pasado ni un año desde su despido y desde la desaparición del niño) cuando todo se hizo pedazos.

Verdad (1)

¿*Me oyes?*

Recuerdo su voz, en la noche.

Despertándome de golpe, ese verano, oía el agua corriendo en el lavabo, los pasos de mi padre en el pasillo, sus golpes de tos. Mi madre lo llamaba:

—Ven a la cama.

Él contestaba:

—No tengo tiempo.

Bajaba al garaje o se sentaba a la mesa, en la cocina.

Yo volvía a dormirme de nuevo.

Una de esas noches oí la respiración de mi padre detrás de la puerta cerrada de mi dormitorio.

Me quedé quieto, escuchando, y la abrió y entró.

—¿Elia?

Se veía la luz encendida a su espalda.

—Elia, ¿me oyes?

Entreabrí un poco los ojos. Tendría que haberle preguntado: «¿Qué quieres, papá? ¿Qué te pasa?»; en cambio, me di la vuelta hacia el otro lado, fingiendo dormir y subiéndome las sábanas por encima de la cabeza.

El nombre de mi padre, la voz grave y ronca con que lo pronunciaba: «Me llamo Ettore Furenti».

Mi madre lo adoraba. A menudo la sorprendía contemplándolo, la barbilla sobre la mano, una sonrisa dibujada en los labios.

—Tu padre es tan guapo. Y siempre consigue hacerme reír.

Porque él era divertido; tenía una risa contagiosa y un buen repertorio de historias que le gustaba contar.

—¿Elia? Acércate un poco.

—¿Qué pasa?

—Tienes que escuchar esta.

Un hombre grande y robusto, la frente ancha, el pelo negro y los ojos de un azul acuoso (ella era pequeña, menuda y friolera, el pelo y los ojos castaños). Lo veo incluso ahora, mientras la abraza, al regresar del trabajo, con el abrigo puesto, tan jóvenes ambos; se dan la vuelta y sonrían, porque estoy mirándolos. Los veo entrar en la habitación, la cabeza de mi madre apenas le llega al hombro, y él cierra la puerta mientras me guiña un ojo.

En verano, los domingos, me llevaba al río para bañarnos, o bien al cine; su perfil en una nube de humo, en la penumbra de la sala, y el modo, en cuanto salíamos, como empezaba a silbar y decía luego:

—Cuando llegemos a casa, le vamos a gastar una broma.

Giraba en el callejón, descendía lentamente hasta el garaje y entornaba las puertas con suavidad, riéndose, y ella sabía lo que teníamos en la cabeza, pero decía en voz alta:

—A saber cuándo van a volver esos dos.

Él la agarraba por la cintura y la besaba en el cuello, y ella soltaba un grito y luego se echaba a reír.

—Me has pegado un susto de muerte.

—Es culpa suya —decía—. Ha sido idea de él.

Pero había momentos en que cambiaba, y entonces se encerraba abajo, en el garaje, y nosotros no podíamos molestarlo. Se sentaba en el porche, en el balancín, durante horas, retorciéndose las manos, mordiéndose los labios. Y, una tarde, lo encontré llorando (las cosas aún iban bien), sumergido en la bañera, pálido y tembloroso, con las rodillas apretadas contra el pecho.

Cuando estaba muy cansado o preocupado, tartamudeaba: tenía que hacer una pausa y sacudir la cabeza, y se daba un golpe en un muslo con el puño.

Podía volverse gélido de repente (a ella no le sucedía nunca) y mostrarse rígido y sarcástico; entonces nos miraba como si nos equivocáramos, los labios fruncidos en una mueca, aunque luego todo volvía a ser como antes y lo oía susurrar, oía las risas de mi padre.

Sabía muy poco respecto a su pasado.

Había perdido a sus padres a los dieciocho años, en el plazo de tres meses. No tenía ningún otro pariente, igual que ella. Antes de que murieran, durante un verano, trabajó en el taller, en la estación de servicio; luego lo contrataron en la factoría.

—No tengo muchos recuerdos —respondía cuando intentaba preguntarle algo.

Salía a menudo con mi madre; se iban al pueblo para dar una vuelta, a tomar un café o a cenar en el restaurante Il Cacciatore, al pie de la carretera llena de curvas que cruzaba los bosques y que llevaba hasta nuestra casa y la de Ida Belli, pero no tenía amigos y no parecía sentir su ausencia.

—No necesito a nadie.

Le preguntaba a ella, algunas veces, cómo era de joven.
—Igual que lo ves ahora.

Un hombre divertido, me decía yo, con una ocurrencia siempre preparada, y me parecía raro encontrarlo en el porche, mientras observaba en silencio la hierba y el bosque, o bien refugiado abajo, en el garaje.

Mi madre, en cambio, tenía a Ida, y la quería.

—Es como una hermana.

Era una mujer alta, con el pelo corto, la mandíbula angulosa, las maneras expeditivas y la risa caballuna; de repente, podía triturarte con su abrazo y darte una palmada en el hombro.

Se había divorciado de su marido, quien se había trasladado a Roma y había vuelto a casarse. Vivía con su hija, a la que considerábamos una niña aún, a pesar de que tenía mi edad; había quien la llamaba retrasada, con esa espalda encorvada, la cabeza gorda colgando, los labios húmedos y sobresalientes.

Ida siempre decía: «Estamos muy bien solas, Simona y yo».

Detrás de los hombros de su madre, es así como la recuerdo, mientras murmura y balbucea mi nombre.

Era difícil tocarla sin que ella reaccionara gritando o gimiendo, y no iba al colegio; se pasaba todo el tiempo dibujando, arrodillada en el suelo, emplastándose la cara de color cuando algo la turbaba.

Ida, contable en la fábrica de muebles, tenía contratada a una chica a tiempo completo para que se ocupara de su hija.

Esa chica venía en el coche de línea, por la mañana, y se marchaba a última hora de la tarde, dirigiéndose con paso

rápido hacia la parada, con un cigarrillo entre los dedos, mientras la luz se desvanecía por detrás de los árboles.

Hasta que se encontró con mi padre.

Vivíamos en la cima de una colina (la casa en la que él se había criado) donde la carretera moría en un camino, a tres kilómetros de Ponte, un pequeño pueblo de provincias al que llamábamos “la ciudad” debido a la factoría. El estrecho valle, una mina de pirita abandonada, un río serpenteante, arroyos, un viejo puente de piedra en un desfiladero, otro de dos carriles sobre los rápidos del río y, alrededor, todo bosques. Pero también estaban las escuelas, el cine Futura, la biblioteca municipal (el reino de mi madre, la única bibliotecaria), un bar con sala de juegos. La fábrica de muebles, con una exposición de cocinas y armarios, en la que era definida como la zona industrial. Y la factoría, rodeada por un muro de ladrillos, el humo de las chimeneas.

Era un cotonificio, que creció y prosperó a partir de 1939. Doscientos empleados a finales de los años sesenta. Mi padre era un encargado de mantenimiento; ese trabajo le gustaba y no lo habría cambiado nunca.

Cuando los pedidos empezaron a disminuir y los costos a aumentar, vendieron la empresa. Mi padre nos decía: «Soplan malos vientos». Los nuevos propietarios falsearon las cuentas, robaron dinero, estafaron a la gente. En 1977 se declaró la quiebra. Lo vi llorar, ese día de septiembre, mientras mi madre, sentada a su lado, lo consolaba.

El muro de ladrillo con cristales rotos permaneció ahí. Las chimeneas, frías. El viento, silbando por entre los edificios vacíos.

En los meses que siguieron, un grupo de chicos con los que salía por entonces y yo nos divertíamos traspasando el muro. Forzamos puertas, entramos en las salas. Lanzamos piedras contra las cristalerías y volcamos los archivadores. Meamos contra las paredes y escribimos sobre ellas frases obscenas. Nos sentábamos en el suelo, al lado de las máquinas, en la penumbra polvorienta, pasándonos un cigarrillo. Pasábamos el tiempo en ese vasto y silencioso espacio, como si fuera nuestro.

De repente nos cansamos; en diciembre, cuando desapareció ese niño.

Mi padre salía todos los días, por entonces, pero no tenía ni idea de adónde iba.

La quiebra del cotonificio fue el principio del fin.

Para Ponte había sido un desastre. Bastantes se marcharon, en busca de trabajo. Alguno empezó a beber o a haraganear por ahí.

Mi padre se encerró en su dormitorio y se quedó allí durante semanas, levantándose tan solo para ir al baño o para sentarse a la mesa, en pijama, cuando mi madre lo llamaba. Se quedaba mirando el plato con un cigarrillo entre los labios y ella se lo quitaba dulcemente.

—Ya verás, saldremos de esta.

—¿Cómo?

—Ahora no pienses en ello. Come.

Mi madre fue preguntando (la fábrica de muebles, un almacén de materiales para la construcción), pero no necesitaban a nadie. Y entonces se enteró de que una empresa había comprado unos terrenos, a unos veinte kilómetros de Ponte, donde se había proyectado un pequeño complejo de casas unifamiliares.

—A lo mejor sale algo.

Se echaba a su lado cuando volvía de la biblioteca, y es así como los recuerdo, a pesar de que fueran diferentes en todos los sentidos: cerca el uno de la otra y casi indistinguibles.

Encerrado en su habitación maduró una idea, una certeza demencial.

Un día se acercó a la mesa, llenó su vaso de agua, bebió un sorbo y dijo:

—He tenido tiempo de pensar en el tema.

Mi madre lo miró y sus ojos brillaron.

—¿En qué?

¿Cómo iba a poder imaginármelo?

—Han encontrado la manera de quitarme de en medio —dijo él—. Es esto lo que querían. Y ahora se ríen de mí.

—Os ha pasado a todos vosotros, cariño.

Mi padre tensó los labios en una sonrisa amarga.

—Eso es lo que van contando. Pero no es así.

Apartó la silla y se volvió al dormitorio.

Yo me volví hacia ella.

—¿Qué ha querido decir?

—Tranquilo, no pasa nada.

Mi padre lo repitió a la noche siguiente y también a la siguiente y luego durante semanas; en un momento determinado, lo definió como un «complot», golpeando el índice sobre la mesa, «un auténtico plan», «todo ha sido una representación».

—Tendría que haberle hecho caso —dijo.

—¿A quién? —preguntó mi madre.

—Eso no puedo decírtelo.

—Tan solo estás un poco confuso. Sé que es difícil.

—Al contrario, no lo sabes.

Una mañana se levantó antes del amanecer y se bajó al garaje; una mesa de trabajo, estanterías metálicas, un lavabo, un pequeño sofá sucio y roto, un pequeño calefactor.

Fue allí donde lo encontré cuando volví a casa: descalzo, con su pijama gris, ocupado en escribir en un papel.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Y tú, ¿dónde has estado?

—En clase —dije. Él lo sabía.

Dobló el papel por la mitad, sacó un cigarrillo del paquete y empezó a fumar.

—¿Qué estás escribiendo?

Mi padre no respondió; clavó su mirada detrás de mí, más allá del portón abierto, en el cielo blanco de otoño.

—Hace frío —dije—. Enciende el calefactor por lo menos.

—Estoy bien.

—¿Estás aquí desde esta mañana?

—No quiero dormir más.

—¿Te bajo una camiseta?

—He dicho que estoy bien.

—Vale.

—Yo lo arreglaré todo —dijo al final—. No tienes que preocuparte.

Debería haber insistido (¿De qué estaba convencido? ¿Pensaba realmente que los demás empleados estaban trabajando, que la factoría estaba abierta?) y, en cambio, me marché de allí, lo dejé solo con sus fantasmas, creyendo que estaba a salvo.

Fue a comprar sobres y sellos.

—¿Así que se trata de cartas? —le preguntó mi madre—. ¿A quién vas a enviárselas?

—Es necesario que todo el mundo lo sepa —respondió.
Ella suspiró.

—Es inútil. Sea lo que sea.

—Tú no lo entiendes. Tengo que denunciarlos. Tienen que contratarme de nuevo.

Ella le rozó una mejilla, le acarició una mano.

—Nadie puede contratarte de nuevo, cariño. Porque ya no queda nadie. Ya sabes lo que pasó.

Mi padre la miró y comenzó a morderse los labios, con los ojos entrecerrados, como si estuviera reflexionando.

—¿Verdad que lo sabes? Ettore, respóndeme.

—Ese es el problema. ¿Cuál es la verdad?

—Solo hay una —dijo ella.

—¿Estás completamente segura?

Pasó esa noche (la primera noche insomne) delante de la tele, con el susurro de la carta de ajuste. Fui al baño, en un momento determinado, para hacer pis. Cuando iba de vuelta a la cama, oí que balbucía:

—De acuerdo, mantendré la boca cerrada.

¿Me oyes?

Dos semanas más tarde, un domingo, nos habló de la furgoneta.

No estaba en casa cuando mi madre y yo nos levantamos y nos sentamos a la mesa para desayunar. Le pregunté dónde estaba y ella negó con la cabeza. Oímos el coche algunos minutos más tarde. Mi padre entró en la cocina, tiró el chaquetón encima de una silla, se frotó las manos ateridas y se sacó los zapatos.

—Hay un tipo que quiere vender una furgoneta. Le he dicho que se la compro.

Mi madre le preguntó quién era.

—No lo conoces.

—Ya ves tú, si aquí nos conocemos todos. ¿Cuánto cuesta?

Habían hablado alguna vez de un segundo coche, pero estaba en el paro, entonces, y el sueldo de mi madre se esfumaba únicamente con las facturas y la cesta de la compra.

—No es problema tuyo —le dijo él.

—Creo que sí.

—Tú vives aquí, me parece.

—¿Y?

—Y esta es mi casa, así que supongo que soy yo quien toma las decisiones. —Luego se volvió hacia mí, inclinándose y tendiéndose por encima de la mesa, y me tiró del puño del pijama—. ¿No es una gran idea?

Se echó a reír, se fue hacia mi madre, la cogió por las caderas, la levantó del suelo. Ella intentó zafarse.

—No puedes hacer eso. —Pero luego tuvo que rendirse.

Estábamos a principios de diciembre. Soplaban un viento gélido.

—Me siento como un dios. No te pongas a discutir conmigo.

La hizo dar vueltas entre la mesa y la puerta, y ella se aferró a su espalda y se besaron.

De manera que compró la furgoneta.

Me puse la chaqueta y salí, aquella tarde, la luz de la puesta del sol, cuando oí tocar la bocina. Mi padre estaba sentado, las manos en el volante. Bajó la ventanilla y me llamó.

—Ven y mira —dijo.

Di la vuelta a la furgoneta y al final me subí a bordo.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros.

No me gustaba: había una abolladura en el lado derecho y puntos en los que el óxido se había comido la pintura blanca. El interior apestaba. No había sido un gran negocio.

Tamborileó con los dedos sobre el volante, observando el parabrisas.

—¿Sabes qué hicieron? —dijo.

—¿Quiénes?

—Ellos.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Tu madre no me cree. Ya no puedo fiarme de ella.

—¿Qué tiene que creer?

—Eso ya te lo he dicho —dijo, inclinándose hacia mí, y luego susurró—: Pero estoy escribiendo esas cartas.

—¿A quién?

—A todo el mundo.

—¿Y las envías?

—¿Para qué iban a servir si no lo hiciera?

—¿Puedo leer alguna?

—Yo diría que no.

—¿Por qué?

—No es el momento. Algún día. —Me revolvió el pelo, abrió la puerta y se dio la vuelta para bajar—. No dejes que te jodan, Elia. Será mejor que lo aprendas.

Empezó a salir con la furgoneta, por las mañanas, y regresaba cuando ya había oscurecido; se dejó crecer la barba y se rapó el pelo. Se volvió irrefrenable, inquieto; no dejaba de hablar, balbuciendo, perdiéndose en razonamientos complicados que nosotros ya no éramos capaces de seguir. Y continuó pasando las noches en el sofá, sentado a la mesa o caminando arriba y abajo por el pasillo.

Y luego desapareció ese niño, Giorgio Longhi (regresaba a casa desde el colegio), y todo el mundo empezó a buscarlo, y nosotros, los chicos, fuimos al río, sin que nuestros padres lo supieran, con los ojos puestos en los rápidos, en el agua macilenta, en las ramas que empujaban contra los pilares de hormigón. Recorrimos un par de senderos, escrutando por entre los arbustos, pisoteando montones de hojas.

—Si lo encontramos, ¿qué nos dan?

—¡Qué capullo eres!, ¿qué importa eso?

—Lo llevamos de vuelta a su casa y luego ya veremos.

Pasaron dos días. Nevó.

Carabinieri y policías peinaron de nuevo las carreteras del pueblo, algunas ruinas en los campos y la factoría, luego empezaron a buscar en los bosques. Yo vi un coche patrulla, con las luces de emergencia encendidas, cruzar con rapidez por el puente.

Salió un artículo en el *Eco della Valle* y se publicó una foto suya: la boca abierta en una sonrisa, los ojos entrecerrados y la expresión despierta.

Encontré dos ejemplares del periódico, abajo en el garaje, al lado de la caja de herramientas. Cogí uno, abierto y doblado por esa página, y miré la foto del niño. Mi padre regresó (yo no me había dado cuenta), entró en el garaje, vino hacia mí y me lo arrebató de las manos.

Estaba mojado, con las botas de trabajo y los pantalones embarrados. Le castañeban los dientes.

Pensé que se había unido a la búsqueda, o que lo había hecho solo, en la nieve, con la esperanza de encontrarlo, y entonces se lo pregunté y él negó con la cabeza.

—Ahora estoy de guardia —dijo.

—¿Dónde?

Colocó los periódicos en un estante, sacó del bolsillo una hoja doblada, la agitó bajo la luz de neón, la arrugó en el puño.

—Está escrito aquí —dijo.

Se frotó la frente.

—¿Quieres saber qué se me ha venido a la mente?

—Sí.

—Escúchame —me dijo, y luego me habló de un hombre a quien conoció cuando era un chiquillo. Ese hombre tenía un perro, dijo, y en un momento determinado se convenció de que el perro le hablaba y que le sugería que hiciera determinadas cosas—. Pensaban que estaba loco.

—Te creo. Y entonces, ¿cómo acabó la cosa?

—No lo recuerdo. —Se guardó la hoja en el bolsillo y fue a sentarse en el sofá—. Aquí tengo yo mis cosas. No te pongas a fisgonear en ellas.

—No estaba fisgoneando.

—Ahora vete —me dijo—. Y apaga esa luz.

Mi madre y yo cenamos, vimos la tele y luego nos fuimos a la cama. Mi padre no subió. En un momento dado me desperté; un golpe sordo. Y otro. Y otro más.

Oí a mi madre salir de la habitación, bajar corriendo al garaje.

—Oh, Dios mío, estás sangrando. Déjame ver, ven aquí.

Él empezó a gritar:

—¿Estabas de acuerdo? Venga, ¿estabas de acuerdo? ¡Dímelo!

La idea de ese complot. Y todas sus cartas.

Me bajé de la cama, abrí la puerta lentamente, puse un pie en el pasillo. Subieron las escaleras y encendieron la luz, entrecerré los ojos, y cuando los abrí de nuevo, vi a mi pa-

dre que se sujetaba la muñeca, la mano derecha ensangrentada. Mi madre, con el pelo crespo y desordenado.

—¿Papá? ¿Qué te has hecho?

Me miró, lamiéndose los labios.

—Pero ¿qué coño quieres? —dijo, y le dio una patada a la mesita del teléfono.

—Vuelve a dormir, Elia —me dijo ella.

Se encerraron en la cocina.

—¿Ya estás contenta? —oí que le decía—. ¿Lo ves?, ¿ves lo que me obligáis a hacer?

—Estate quieto, por favor.

Cuando concilié el sueño de nuevo, me encontré en la orilla del río, junto a ese niño. *Te estaban buscando*, dije, y *yo también te busqué. Sabías que estaba aquí*, respondió, *por eso has venido*.

A la mañana siguiente (mi padre se había echado en el sofá, roncaba con la boca abierta, la mano vendada) encontré los periódicos hechos trizas, las tijeras allí al lado, la sangre en el portón. Únicamente una foto del niño había permanecido intacta: la cogí, me deslicé hasta mi habitación y la escondí en un cajón.

Mi madre no habló de esa noche y él pareció calmarse, como si hubiera sido capaz de apagar un incendio que a punto estaba de quemarlo.

Se volvió silencioso, la mano hinchada y amoratada. Se afeitó la barba, dejó que el pelo le creciera de nuevo, volvió a dormir en su cama.

Yo pensaba a menudo en lo que había sucedido (los golpes y sus gritos) y siempre me mantenía alerta. Inquieto. Dejé de salir con los chicos, cuyos padres bebían, tal vez, levantaban las manos, en ocasiones, y descargaban

sobre sus hijos o sus esposas su frustración, quizá, pero ellos no se imaginaban conspiraciones y no escribían a nadie.

Me quedaba en mi habitación durante horas, leyendo cómics.

Hurtaba cigarrillos de los paquetes que él dejaba por ahí y me los fumaba detrás de casa, cuando mi madre estaba en el trabajo, sentado sobre los talones, la espalda contra la pared, temblando de frío, y luego me iba al cuarto de baño y me lavaba los dientes.

Los vi abajo, en el patio, una tarde (una herida azul en el horizonte) mientras colgaban bolitas de colores en un pino bajo y delgado.

—¿Qué te parece? —me preguntó mi madre.

Él se tocó la mano, cogió la caja de los adornos del techo de la furgoneta, la llevó de nuevo al garaje.

Ella se reunió conmigo en el porche.

—Es por lo de tu padre, ¿verdad?

—¿El qué?

—Siempre estás solo estos días. —Se sacudió los botines, se quitó los guantes de lana y se tocó el pelo—. Ha sido una pesadilla, Elia, pero ahora ya se ha despertado.

Me cogió la barbilla entre los dedos, sonrió mirándome a los ojos y se marchó a la cocina.

Y luego encontraron al niño; junto a la mina de pirita, al fondo de un barranco, enterrado por la nieve, completamente desnudo, atado de pies y manos con los cordones de los zapatos.

Lo habían secuestrado y asfixiado.

Ponte se vio invadido por los periodistas y las cámaras de televisión, salieron bastantes artículos e incluso se habló del tema en los telediarios. Mi madre y yo vimos ese reportaje sentados en el sofá, con las luces apagadas. Una cinta blanca y roja tendida entre los árboles. Los padres llorando, entre dos *carabinieri*. La cara sonriente, reproducida en la foto, apareció en la pantalla.

Ella se tapó la boca con la mano.

—Pero ¿quién puede haberlo hecho?

Mi padre entró en la sala de estar y se colocó a nuestra espalda.

—Ettore —dijo—. No es posible.

Tendió un brazo y lo tocó, sorbiendo con la nariz. Me di la vuelta: el rostro de mi padre, fruncido en esa luz líquida.

Ella repitió:

—No es posible.

Vi cómo fruncía los labios mientras miraba la tele.

—¿Por qué no abres los ojos, Marta?

El día de Navidad me regalaron un jersey, un nuevo magnetófono y dos cintas de casete.

—Fue papá quien las eligió —me dijo ella.

Él esbozó una sonrisa. Ella recostó la cabeza contra su brazo.

Ida y Simona cenaron con nosotros.

—Vamos a celebrarlo, aunque estemos tristes.

Simona estuvo dibujando todo el rato, círculos y espirales, las hojas y los rotuladores junto al plato.

Más tarde encontré a mi padre en el porche, sentado en el balancín, con una taza de café. Yo llevaba puesto mi jersey nuevo.

—Ven un momento. Siéntate —me dijo.

Me hizo un sitio a su lado.

—Te queda muy bien. El jersey.

—Gracias.

Se quedó en silencio, observando los montones de nieve, su furgoneta y el cielo vacío, sin estrellas. Apretó la taza entre las piernas y suspiró.

—Creo que he hecho una buena.

Pensé en las cartas que había escrito y luego enviado, eso es lo que me había dicho. Las noches insomnes. La mano ensangrentada. Los trozos de periódico en el suelo del garaje. La foto del niño.

Le vibraba el pecho. Oía los pasos de mi madre, el golpeo de los platos y el agua que corría en el fregadero.

—¿Dónde estabas cuando salías?

—Tenía algunas cosas en la cabeza. No sé cómo explicártelo. Pero al fin se me han ido.

Entonces se lo pregunté:

—¿Has estado alguna vez en la mina?

Me miró, solo un instante.

—Hace un montón de años. ¿Por qué?

—Por nada.

Agitó las manos, como si quisiera calentarlas, abrió y cerró los dedos, cogió la taza y bebió un sorbo de café.

—No has de tener miedo —dijo—. Todo va bien.

—Vale.

—Te quiero.

—Yo también.

—Os quiero a los dos. Esa es la verdad.

Ese día (la noche de Navidad de 1977, con el pueblo de luto, cuando faltaba poco aunque no lo supiéramos) oí chirriar los muelles, en la habitación de mis padres, y el jadeo sofo-

cado de mi madre, sus gemidos, la puerta que se abría y a él que entraba en el cuarto de baño.

No has de tener miedo.

Encendí la lámpara de la mesita, me levanté, abrí el cajón del escritorio, cogí la foto y un rollo de celo, la pegué sobre mi cama, apagué la luz y luego me dormí.